

más de 64.000 hectáreas. Podemos pasar a lo largo de sus tierras kilométricas y siempre ver ovejas a nuestro paso. Todas rumiando el pasto, devorándolo todo, acabando con todo. Parecen una plaga, están en todas partes. El animal no autóctono, traído de lejos, terminó ocupando tierras que le pertenecían a los choiques y cauquenes. Lo mismo que ocurriera con los pobladores nativos, sucedió con los animales.

Pero la fama de la Hacienda Anita no se debe a sus ovejas o a su gigantesco territorio. En diciembre de 1921 sus propiedades fueron testigos de una masacre: muchos de sus peones y trabajadores sublevados fueron fusilados por el Ejército. Pedían reivindicaciones laborales y sociales en una región perdida en el espacio y el tiempo. Auténticos latifundios del siglo XX, las estancias patagónicas explotaban al trabajador para lograr sus obscenas ganancias. Para aquella época el poder de la Patagonia estaba dado por la ecuación «tierra más producción de lana más comercialización más dominio de transporte». Es decir, un perfecto monopolio frente al que los sucesivos gobiernos argentinos hicieron la vista gorda. Para dar una idea de esta situación basta con algunas cifras. Mauricio Braun, descendiente de judíos escapados de la intolerante Rusia de los zares, llegó a disponer de 1.376.160 hectáreas en la Patagonia, y en 1893, la concesión de tierras fiscales hechas al señor Adolfo Grubein, que correspondía a 2.517.274 hectáreas, fueron repartidas entre un grupo de unas 20 personas entre las que se contaban ingleses, alemanes, franceses, españoles, un norteamericano, un chileno, un uruguayo y ni un solo argentino. La matanza de obreros de la Patagonia alcanzó la cifra de unos 1.500 trabajadores entre 1920 y 1921. El episodio de la Hacienda Anita es apenas uno de tantos. Estos hechos ocurrieron bajo el gobierno del presidente Hipólito Yrigoyen quien, paradójicamente, fue el primer presidente argentino surgido por voto universal. No conforme con haber eliminado a los tehuelches diez años atrás, el Ejército argentino acabó con la vida de miles de peones y trabajadores. «Cada cien años muere un hombre en la Patagonia», solían decir antiguamente, pues los pocos habitantes de estas regiones no morían: a todos los mataban.

Entramos en los predios del Parque Nacional Los Glaciares después de dejar atrás la meseta y sus ovejas e internarnos en un tupido bosque de lengas que resisten como pueden a los vientos feroces. Diego, que además de servir de guía, musicalizaba el viaje, puso un casete de José Larralde:

Eterna es la distancia
eterno es el camino
eterno es mi regreso
eterno es mi destino.

Bordeamos el brazo Rico del lago Argentino y muy pronto vimos al fondo, a unos tres kilómetros de distancia, el glaciar Perito Moreno. De lejos parecía un ancho río blanco que bajaba por entre dos montañas y desembocaba en las aguas lechosas del lago. Un río de hielo blanco que formaba un pequeño valle entre las montañas nevadas que lo protegían. Paramos en un mirador para contemplar el paisaje pero en eso comenzó a soplar un viento tan fuerte que apenas pudimos permanecer unos instantes: tomamos veloces fotografías y continuamos el viaje que nos acercaría todavía más al glaciar.

Francisco Pascasio Moreno (Perito Moreno) fue enviado a estos territorios en 1874 por el gobierno de Argentina. Su misión era estudiar las fronteras con Chile, siguiendo la línea de las altas cumbres de la cordillera. Moreno era de la tradición de los científicos ilustrados, una especie de Humboldt criollo que además de hacer las mediciones termométricas y comentar la flora y fauna del lugar, era un agudo narrador de su experiencia. Su paso por la Patagonia quedó testimoniado en *Viaje a la Patagonia austral*, libro escrito en forma de diario. Sus notas están recogidas en el lugar y en el momento de ocurrir lo que relata. Esto le otorga una fuerza expresiva tremenda y coloca al lector frente a un auténtico libro de aventuras. Su referencia más inmediata es la expedición que en 1834 hiciera el capitán Fitz-Roy. En realidad Moreno muestra una admiración tremenda hacia el capitán, y no es para menos: Fitz-Roy fue el capitán del *Beagle*, la famosa embarcación en la que viajó Charles Darwin. Sin duda se trataba de un hombre de características excepcionales. El mismo Darwin apunta en su diario:

«El carácter de Fitz-Roy era muy singular, con rasgos de nobleza: era fiel a sus obligaciones, generoso hasta el exceso, valiente, decidido, incorregiblemente enérgico y amigo apasionado de quienes estaban a su mando... era un hombre elegante, sorprendentemente caballero, de maneras extraordinariamente corteses... su carácter era en mucho uno de los más nobles que he conocido».

Moreno llega a los lugares hasta donde llegó Fitz-Roy, lee los mensajes que el capitán dejó en distintos lugares dentro de botellas, y avanza todavía más hacia la región de los lagos y la cordillera. Como toda expedición, sufre limitaciones de todo tipo y hasta es atacado por un puma. Realiza importantes observaciones geológicas, registra un valioso diccionario castellano-tehuelche y, entre otras cosas, descubre el glaciar que después llevará su nombre. La misión de Moreno era político-territorial.

Es decir, a su cargo estaba el estudio de las fronteras, por lo que era necesario dar nombre a los lugares que, con suerte, sólo contaban con nombres indígenas.

Esta tarea de Moreno no deja de asombrarme. Que una sola persona otorgue nombres a las montañas, a los ríos, a los lagos, es algo tan genésico como arbitrario. Revela un poder descomunal, una autoridad excesiva. Lo que parece una tarea de muchos hombres, de comunidades enteras a lo largo de los años, Moreno la realiza en solitario, con el gesto veloz de un apunte en su libreta. Moreno nombra lo que no tiene nombre y sustituye nombres indígenas por otros que él considera más acertados. Por ejemplo, el pico más alto de la cordillera patagónica, llamado *Chaltén* por los techuelches, fue sustituido por el nombre de Fitz-Roy, en homenaje a su admirado capitán. Lo mismo ocurría con otras montañas que después pasarían a llamarse cerro Mayo o monte Félix Frías. Hoy en día la Patagonia austral debe casi todos sus toponímicos a un solo hombre: Francisco Pascasio Moreno, mejor conocido como el Perito Moreno.

Continuamos avanzando hacia el glaciar y nos internamos en otro bosque de lengas hasta llegar a un pequeño campamento de guardaparques en la llamada península de Magallanes, a orillas del canal de los Témpanos. Abandonamos el vehículo e iniciamos una caminata que nos llevaría a la vertiente norte del glaciar. Ya desde un pequeño muelle del guardaparques tuvimos una postal impactante: la muralla de hielo del glaciar se imponía frente a nosotros y extendía su gigantesca masa blanca a lo largo de algunos kilómetros. Había témpanos pequeños flotando en la orilla del canal y algunos otros de mayor tamaño un poco más lejos. Lo primero que me impactó fue el color de estos hielos. No eran blancos como la nieve sino azulados, un azul casi turquesa pero muy cristalino y profundo. Un color que parecía estar en las entrañas del hielo y no en su superficie. Pensé que las aguas del lago tenían alguna relación con esta coloración casi fantástica, incluso pensé que el cielo azul de aquel día podía incidir en esto. Pero me equivocaba: todo se debía a la compactación del hielo, a su estado tremendamente sólido y a las dificultades que debía atravesar la luz en el momento de chocar contra él.

La caminata consistía en ir bordeando la orilla del canal para acercarse cada vez más a la pared norte del glaciar. Si frente a nosotros teníamos al gigante blanco, el resto del paisaje no desmerecía. Si girábamos a la derecha podíamos ver otro cuadro impagable: un horizonte de agua turquesa casi estática, montañas con bosques de lengas que nacían en las orillas del canal y, más allá, contra el cielo azul, las cumbres de los picos andinos seminevados.

La caminata comenzaba a complicarse: debimos trepar algunas rocas resbalosas y después seguir subiendo hacia una zona más boscosa siempre en dirección hacia la pared frontal del glaciar. El Perito Moreno es uno de los pocos glaciares que en su desarrollo toca tierra: avanza hasta tocar la península de Magallanes (donde nos encontrábamos) y obstruye el paso de las aguas. La fuerza del agua, en su búsqueda de una salida hacia el canal, presiona el glaciar y origina uno de los cataclismos naturales más impresionantes: gigantescos y estruendosos desprendimientos de hielo, enormes masas heladas que se resquebrajan y abandonan el glaciar en forma de témpanos.

Llegamos a un punto en que nos encontrábamos a unos 150 metros del glaciar y un poco por encima de él. Desde allí no sólo se percibía la enorme pared de hielo sino que podíamos verlo en su total envergadura: auténtico valle de hielo que bajaba de las laderas de las montañas donde nunca dejaba de nevar. Soplaban un viento helado que venía peinando las cumbres y traía consigo el frío de su paso por el glaciar. De cerca se podían ver las formas caprichosas de este gigante gélido: cuevas, cortes filosos, túneles, agujeros en su pared externa, y por encima la topografía lunar y antediluviana de un merengue azulado y mamotrélico. Estábamos muy cerca del lugar donde el glaciar obstruía el paso de las aguas entre el brazo y el canal. Efectivamente tocaba la punta de la península y justo allí las aguas habían cavado túneles y galerías por donde fluir. El hielo allí era sucio, casi negro, por el contacto con la tierra y los sedimentos. De vez en cuando se escuchaba la resquebrajadura de un pequeño desprendimiento, rápidamente localizábamos el lugar donde había ocurrido pero nos desilusionábamos por su insignificancia. La contemplación de un glaciar viene unida a esta expectación: con suerte podemos ser testigos de un gran desprendimiento de hielo. Es raro estar a la espera de un eventual cataclismo, y querer ser privilegiado testigo de un desastre. Se escuchaban fuertes crujidos, los minutos pasaban, la expectativa crecía. Algo me decía que sí, que el azar nos iba a regalar una muestra de la belleza brutal de estos parajes. Sin embargo permanecemos en este punto privilegiado sin que sucediera nada y volvimos al muelle para abordar la embarcación.

Desde las aguas admiramos su verdadera majestuosidad: cuatro kilómetros de largo por casi 100 metros de alto. Realizamos una navegación de cabotaje a unos 100 metros de distancia por razones de seguridad. Sólo se escuchaba el motor de la embarcación y el silencio entre los tripulantes era profundo. La contemplación del glaciar obliga a un mutismo casi sacro que lo invade todo. Las capacidades asociativas se suspenden y estamos solos frente a la inmensidad sin poder emitir palabras. Incluso la imaginación se posterga

y el paisaje lo es todo, nuestro campo visual es ocupado en su totalidad por las formas rotundas del hielo. El viento helado ha dejado de soplar: se ha congelado. También el hielo parece congelar su moroso transcurrir y todo es espacio, pero espacio detenido, las aguas incluso, son aguas lentas, el cielo, arriba, apenas lo vemos. De pronto escuchamos un estruendo, un sonido fracturado: *ccccrrrkkk!* A unos 200 metros vemos emerger (sí, emerger) frente a la pared del glaciar un gigantesco bloque de hielo. Sube hasta a una altura de unos 30 metros, choca contra la pared del glaciar y vuelve a descender hasta sumergirse en las aguas lechosas. Segundos después se escucha otro estruendo y vemos emerger en el mismo lugar otro bloque de hielo, ahora más azul. Todo ocurrió como en cámara lenta, y esto lo hizo más rotundo... De inmediato pregunté a Diego qué había sucedido: «Desprendimiento subacuático de la pared interna del glaciar», me respondió, y continuó: «al emerger y chocar contra la pared del glaciar, el bloque de hielo giró sobre sí mismo y subió a la superficie». Yo esperaba la caída estrepitosa de un bloque desprendido desde lo alto de la pared externa, pero esta vez el desprendimiento vino por debajo del agua, internamente, producto de las presiones que el hielo ejerce sobre sí mismo.

Ya de regreso hacia el muelle pude ver cómo esa masa de hielo había tomado distancia del glaciar y navegaba solitaria y lenta hacia el canal de los Témpanos. Lucía como un moroso edificio en ruinas ahogándose sin remedio. Iba hacia su propia destrucción: crujía, casi gritaba. Lentamente navegaría y se derretiría hasta desaparecer en las aguas. En ese momento tuve la misma impresión que apunta Perito Moreno en su diario de viaje:

«Los témpanos parecen pedir auxilio».

Y es que todo en la Patagonia parece pedir auxilio. La brutal desaparición de los pobladores originarios, los devastadores vientos que arrasan con todo, el sol excesivo sobre los pastizales, los hielos donde nada sobrevive. Todo esto conforma un extraño paisaje de muerte que, paradójicamente, seduce y maravilla. Quizás no haya en el planeta un lugar más hostil e inhóspito, y sin embargo queda grabado en la memoria como una ofrenda inexplicable. Estar en la Patagonia austral es como estar en el fin del mundo. Pero no existe el fin del mundo, como tampoco su inicio. Acá el mundo no termina ni comienza, sólo continúa. La Patagonia austral no es el fin del mundo: es otro mundo. Sus paisajes singulares lo testimonian, pero la experiencia imaginaria que suscita constituye la verdadera razón de su existencia única.